

## PRESENTACIÓN

El autor es consciente de que ofrecer un libro cuyo título empieza con la palabra "metafísica" es más una invitación a no leerlo que una declaración del carácter de su contenido. Pocas personas, por no decir nadie sienten como suyo el campo de la metafísica. Les parece que la metafísica es una interpretación del mundo demasiado lejana de su objeto, demasiado teórica y carente de interés. Y estamos ya demasiado convencidos de que lo único que nos interesa es lo interesante. Hay en el escenario del mundo actual demasiadas cosas interesantes como para conservar en nuestro interior una chispa siquiera de la vocación al estudio que quizás sentimos en algún momento de nuestra adolescencia. Porque esa es, en el fondo, la resonancia del término metafísica: estudio, estudio seco de los fundamentos de unas cosas que, una vez puestas en la platina del microscopio amenazan con escapárenos a la región de la pura especulación, donde ciertamente todo es bello y ordenado, pero fríamente ideal.

Pero la metafísica no es eso, antes al contrario es fuego ardiente para quien se quiera acercar a ella. Lo intentamos mostrar en este libro. Está escrito desde la convicción de que el espíritu humano constituye para el hombre la sede más propia y familiar de la metafísica y que ésta es hija directa de la intimidad que adquiere el ser cuando se contempla en el propio yo. Para significar esta nuestra apreciación y propósito, hemos añadido al título antiguo un subtítulo de tal forma que la portada queda ahora completada de esta forma:

METAFÍSICA DEL HOMBRE Y DE LA CONVIVENCIA  
O  
EL SURGIMIENTO DEL ESPÍRITU HUMANO DE LA INTIMIDAD DEL SER

Estoy seguro de que ese lector encontrará enseguida la compensación de su esfuerzo experimentando que entra en contacto precisamente con lo más interesante de los temas que él considera interesantes, que es su sustancia. Hacer metafísica es en el fondo zambullirse en las cosas y lograr que su sustancia entre en contacto con la del yo más íntimo. Y una vez vencido el "miedo al agua" la mente experimenta que ha entrado en regiones ardientemente interesantes.

El título del libro y su desarrollo apuntan un doble objeto: el hombre y la convivencia. En el fondo no es más que uno: el hombre; que como es el hontanar de toda auténtica metafísica se desglosa espontáneamente en multitud de temas más o menos cercanos al "yo sustancial" del que han nacido. Algunos de esos temas hemos intentado desarrollar en este libro, y para organizar de alguna manera la materia, hemos adscrito los más cercanos a la primera parte y los que nos han parecido más especializados a la segunda.

Comprenderá el lector que pretensión tan sustancial y profunda no admite ser organizada en casillas que se excluyan claramente las unas a las otras. En las profundidades metafísicas la unidad

prima sobre la diversidad y consecuentemente la mutua implicación resplandece más que la mutua exclusión. Por eso han sido inevitables las repeticiones. Que, sin embargo, nunca son mecánicas. Sino llamadas por el momento concreto de un análisis que vuelve a encontrar en niveles más profundos lo que ya analizó en otros más superficiales. Así, más que repeticiones son profundizaciones mayores de un tema ya tratado.

Es el momento de sugerirle al lector que trate de cohibir en su lectura el espíritu "adelantado" que nos agobia a los humanos sobre todo los últimos decenios, desde que las cosas sobre las que había de caer nuestro trabajo dejaron de ser duras. Esta facilidad nos ha llevado a que dejemos de hacer lo que en cada momento estamos haciendo, para adelantarnos al negocio siguiente. El espíritu adelantado es la madre del *stress*. Déjese el lector en cada momento empapar por el espíritu de lo que está leyendo (¡si lo encuentra bueno!) y verá cómo poco a poco encajan las ideas unas en otras y se le iluminan rincones oscuros de su pensamiento sobre los temas de que tratamos.

Aunque no hemos pretendido ocultar nuestra confesión religiosa, sí que nos hemos cuidado de no introducir en los procesos argumentativos premisas sacadas del campo de la Religión. Hemos pretendido sencillamente colocarnos en nuestra simple situación de "hombre pensante" y desde ella hacer filosofía, filosofía neutra y prerreligiosa, de aquello de lo que la filosofía se debe ocupar, que es el mundo de los fundamentos de la realidad contemplados en sí mismos tal cual se presentan a la mente humana en un momento anterior a la adopción de posturas personales en cualquier terreno.

Eso no significa que tenga vedado el autor el mencionar el nombre de Dios. Lo estaría si fuera aducido como premisa inicial de su construcción filosófica. Pero no, si la construcción misma justifica su presencia en ella, es decir, si el curso de nuestros razonamientos aclara suficientemente su carácter de Ser Supremo y demuestra su existencia. Entonces tratamos con libertad las ocasiones en que los campos se entrecruzan, aunque procurando presidir la sobriedad del filósofo. Por eso no debe atribuirse a falta de respeto el que con frecuencia optemos por las minúsculas para referirnos a Dios. Tómese como mero signo del contexto estrictamente filosófico en que empleamos el término.